

# Ramiro de Maeztu

## *La memoria herida*

Retrato de Ramiro de Maeztu. Fuente: Edicionesencuentro.com



Hace ya algunos años, el filósofo y científico belga Jean Bricmont, conocido por sus críticas al *posmodernismo*, alertaba de la aparición de una nueva tendencia política que denominaba “*gauche moral*”. Según Bricmont, era el producto de los fracasos históricos del socialismo real y de la crisis de la socialdemocracia. Suponía el abandono de los proyectos tradicionales de transformación social, centrando su interés en la reivindicación de las minorías –homosexuales, LGTBI, emigrantes- y en temas como la *memoria histórica*, la lucha por el pasado o el antifascismo. Todo lo cual llevaba, en opinión del autor, a la tiranía de lo políticamente correcto y a la instauración de una “*República de censores*”. En ese sentido, una de las armas de la “*gauche moral*” era el recurso al sentimentalismo, una deliberada manipulación de los sentimientos. Algo que resulta evidente en su recurso a las llamadas *políticas de memoria*. Desde esta perspectiva, viene a definirse toda la historia de la Humanidad como una lucha entre víctimas y verdugos, oprimidos y opresores, el Bien y el Mal. Lo cual tiene como consecuencia privar al conjunto de la población –y en particular a las nuevas generaciones- de la posibilidad de desarrollar el sentido de la proporción, sin el cual la información no es más que una forma superior de ignorancia. Sin duda, el primer representante español de la “*gauche moral*” fue José Luis Rodríguez Zapatero. Desde el principio, su estrategia política estuvo muy clara: sentimentalismo y memoria histórica contra las derechas.

En este proceso, la historiografía ha tenido igualmente un papel de primer orden, con su incidencia en el tema de la denominada “*memoria histórica*”. Y es que la “*memoria histórica*” tiene como objetivo fundar una identidad o la defensa de las reivindicaciones de grupos sociales y políticos concretos. Se trata de un modo de relación con el pasado de carácter afectivo y sentimental; lo que implica un culto al recuerdo y a la conmemoración obsesiva de ciertos sucesos: fosas comunes, campos de concentración, monumentos, etc. La “*memoria histórica*” es, además, selectiva por naturaleza, ya que tiene como fundamento una selección partidista de los acontecimientos. Por ello, resultan muy significativas las referencias de historiadores de izquierdas como Ricard Vinyes a los “*pasados utilizables*”; y la de Josep Fontana,

a los “*presentes recordados*”. Y es que, en el fondo, “*memoria histórica*” y la Historia representan dos formas antagónicas de relación con el pasado. La “*memoria histórica*” se sostiene en la conmemoración, mientras que la búsqueda histórica lo hace mediante el trabajo de investigación. La primera está, por definición, al abrigo de dudas y revisiones; la segunda admite, por principio, la posibilidad de revisión, en la medida en que ambiciona establecer los hechos y situarlos en su contexto para evitar anacronismos. La “*memoria*” demanda adhesión; la historia distancia. Y es que, como señala Tzvetan Todorov, el mayor peligro de las *políticas de memoria* es la instauración de una *memoria incompleta*, es decir, una narración que descontextualiza el proceso histórico concreto, silencia acontecimientos claves del pasado y margina a los individuos, sectores sociales y políticos que se sentían amenazados por los procesos sociales de carácter revolucionario, auspiciados por los representantes históricos de esa invención denominada *memoria democrática*.

Y es que en virtud de uno de esos vaivenes que padece nuestra historia contemporánea, los iconos venerables por la sociedad española se encuentran monopolizados por las izquierdas. Siempre he censurado, aunque sin demasiada esperanza, la colosal metedura de pata de don José María Aznar López, líder del Partido Popular, al hacer del mediocre Manuel Azaña un referente, no ya para la España futura, sino para el conjunto de la derecha española. Y me he preguntado si tan grotesca iniciativa vino de un convencimiento intelectual nacido de la lectura de las obras completas del alcalaíno, o fue una mera operación de marketing político oficiada por sus más directos amanuenses o turiferarios. Para mí, que algo tuvo que ver en esa operación Federico Jiménez Losantos, un vulgar charlatán de feria. El periodista aragonés publicó una antología del político alcalaíno; y luego el libro *La última salida de Manuel Azaña*, que le valió el Premio Espejo de España. Claro que luego, como mostró el historiador Santos Juliá, buena parte de la obra era un plagio de la de Cipriano Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña*. En realidad, daba lo mismo, porque el mal ya estaba hecho. La elección de Azaña venía a mostrar no sólo el abandono de cualquier intento de debate intelectual, sino

la asunción acrítica de los supuestos históricos e ideológicos de la izquierda cultural. Azaña representaba, según Aznar, un patriotismo integrador. Sinceramente, no lo entiendo. ¿Integrador el hombre que pretendió aislar y marginar al sector social y político representado por las derechas? ¿Podía un partido que se autodefine monárquico aceptar el republicanismo de Azaña? ¿Podía un partido mayoritariamente católico aceptar su laicismo radical? ¿Propugna el Partido Popular, como Azaña, un pluralismo político restringido? Bueno, esto sí, pero para las derechas, porque pretende erradicar a VOX. Pero eso es otra historia. Ni tan siquiera fue capaz Aznar de buscar un icono intelectual, que, si bien fuese ajeno a la genealogía del régimen de Franco, hubiese sido más neutral durante el período republicano y la guerra como José Ortega y Gasset. Increíble, pero cierto. Así las cosas, Aznar se convirtió, seguramente sin darse cuenta, en un precursor no ya de la *memoria histórica*, sino de la *memoria incompleta* que denunciaba Todorov.

Mientras tanto, las izquierdas reivindican sin pudor ni autocrítica a sus ancestros, como Indalecio Prieto, Francisco Largo Caballero, Juan Negrín, Julio Álvarez del Vayo o Dolores Ibárruri. En cambio, las figuras de la derecha han sido, en el mejor de los casos, olvidadas; y, en el peor, vilipendiadas y escarnecidas como representantes del mal radical. Y es que la derecha ha interiorizado toda la perspectiva ideológica de las izquierdas.

Una de las víctimas de todo este proceso político-cultural ha sido Ramiro de Maeztu y Whitney (1874-1936), vilmente asesinado por los revolucionarios en los inicios de la guerra civil. A los ciento cincuenta años de su nacimiento, Maeztu es un auténtico ejemplo de lo que podríamos denominar *memoria herida*. Y es que aquí el único intelectual víctima de la guerra civil parece haber sido Federico García Lorca. Hoy, incluso se ha instaurado una especie de moda pseudohistórica, la de descubrir los “asesinatos” de Franco. La inauguró el inefable Ángel Viñas, acusándole de ser el inductor de la muerte violenta de otro militar, Amado Balmes. No lo consiguió, pero adquirió notoriedad y sembró sospechas. Ahora resulta que Miguel de Unamuno, según el director de cine Manuel Menchón, en su documental *Últimas palabras para un fin del mundo*, fue asesinado por el falangista Bartolomé Aragón. La acusación carece

de fundamento histórico, pero lo que se busca no es desde luego la verdad, sino el escándalo.

La figura de Maeztu ha permanecido, hasta hace poco, en la penumbra. En 1955 apareció su primera biografía, obra del escritor tradicionalista Vicente Marrero Suárez. Rica en datos y noticias, se convirtió en una especie de letanía, escrita desde una perspectiva dantesca, en la que la trayectoria vital de Maeztu aparecía en términos de total ruptura y discontinuidad: el “*infierno*”, de su juventud; el “*purgatorio*”, de su estancia en Inglaterra; y el “*paraíso*”, de su conversión al catolicismo. Marrero no era un historiador, sino un ensayista político, un poeta y un experto en estética. Paradójicamente, la etapa peor estudiada en la obra es la del “*paraíso*”, que no aportaba nada desde el punto de vista historiográfico y biográfico, convirtiéndose en una elegía. Más sistemáticos y esclarecedores fueron los estudios de Gonzalo Fernández de la Mora y Antonio Millán Puelles sobre sus ideas políticas y filosóficas. Interesante y denso fue el capítulo dedicado a Maeztu en la obra de Gonzalo Sobejano *Nietzsche en España*. Años después, José Luis Abellán, genuino representante del espíritu del 68 en la historiografía española, presentaba a Maeztu como un nietzscheano radical y precursor del fascismo español. El viejo Georg Lukács y su demencial libro *El asalto a la razón* hicieron verdaderos estragos, junto a Manuel Tuñón de Lara, en la historiografía española. Sin embargo, esta interpretación tampoco resultaba excesivamente novedosa, porque ya había sido difundida por Salvador de Madariaga, en su pintoresco libro *España. Ensayo de historia contemporánea*.

El cambio político iniciado tras la muerte del general Franco eclipsó al Maeztu tradicionalista. Autores de izquierda como Edward Inman Fox y Carlos Blanco Aguinaga intentaron “recuperar” al Maeztu “socialista” o “liberal-socialista”. No lo consiguieron; sencillamente, porque nunca existió. Otros se mostraron más despectivos y vehementes, como Gregorio Morán, un foliculario con ínfulas de historiador de la cultura, para quien Maeztu era “un demente” y “un periodista ultraderechista que había sido asesinado por los republicanos en los primeros días de la guerra civil”. Peor aún, el literato “centrista” Andrés Trapiello defendía, en su obra *Las armas y las letras*, la misma opinión: Maeztu era

un “*invento del franquismo*”, que se intentó contraponer a García Lorca. Un insulto a la inteligencia. Además, el escritor “*centrista*” reconocía no haber leído una sola página del intelectual vasco. Es decir, hablaba por boca de ganso.

Tras este aquelarre cerebral, salieron a la luz obras más favorables a Maeztu. Rafael Santervás realizó una tesis doctoral, titulada *La etapa inglesa de Ramiro de Maeztu*, que, finalmente, no fue publicada. Se trataba de una obra muy erudita, rica en datos y fuentes, pero que carecía de una interpretación global de la figura y la obra de Maeztu. Años después el filósofo José Luis Villacañas Berlanga publicaba su libro *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*. En un primer momento, Villacañas pasaba por ser en Murcia y Valencia por una especie de intelectual orgánico del Partido Popular; luego apostó por Podemos o por Iñigo Errejón. Su obra adolece de no pocas carencias. Sin embargo, reconocía, al menos, la valía intelectual de Maeztu, aunque, bajo la presión de la violencia simbólica izquierdista, se esforzaba en citar a Antonio Machado y dar fe de su militancia izquierdista a lo largo de su juventud. En cualquier caso, su metodología abstracta, fundamentalmente filosófica, no era la más indicada a la hora de estudiar a un intelectual de las características de Maeztu, que fue, ante todo, un pensador de acción, muy apegado al terreno, en permanente polémica con sus contemporáneos. En ese sentido, la imprecisión y los errores de Villacañas eran evidentes. Nunca aclara, por ejemplo, qué entiende por “*burguesía española*”, al parecer concebida como un bloque y las relaciones de ese sector social con el objeto de su análisis e interpretación. Se equivocaba, además, en sus opiniones sobre las relaciones de Maeztu con los nacionalismos periféricos y con el socialismo. Nunca consideró a los nacionalistas como posibles aliados, todo lo contrario, ni fue un “*socialista evolutivo*”. Por mi parte, publiqué en 2003, *Maeztu, biografía de un nacionalista español*, obra en la que intenté dar una interpretación global de su trayectoria vital y del conjunto de su obra. En mi opinión, lo que da coherencia a su figura intelectual es el “*problema de España*”, el nacionalismo español, la vertebración de la sociedad española. Las distintas etapas de su producción representan una serie de respuestas a ese problema fundamental. En una línea análoga,

David Jiménez Torres publicó en Londres, *Ramiro de Maeztu and England. Imaginaries, Realitics and Repercussions of Cultural Encouter*, que analiza lúcidamente la influencia de la realidad social y del pensamiento político británico en su formación intelectual. Profundamente hostil y mediocre es la obra de Luis Ocio, *Ramiro de Maeztu, un monárquico en la II República*, que presenta al pensador vasco, no ya como un reaccionario, sino como una especie de precursor de los *neocons* norteamericanos, un “*contrailustrado moderno*”.

Y es que, aunque pueda parecer paradójico a algunos, Maeztu es hoy nuestro contemporáneo. La España actual está siendo conducida hacia el túnel del tiempo. Decir esto no es sostener una posición catastrofista; es una muestra de realismo político. Por eso, podemos sentirnos más próximos a Maeztu y al espíritu del 98. Ahora, los españoles retrocedemos hacia el pasado, a reencuentro de aquellos personajes característicos de la crisis de la Restauración, la II República y la guerra civil. La nación española se deteriora, la sociedad se descapitaliza, y los valores éticos y morales se subvierten. El régimen del 78, remedo de la Restauración canovista, agoniza. Reaparecen y se rinden culto a todos los tópicos antiespañoles: la Leyenda Negra, el repudio del pasado, la hispanofobia, el nihilismo, la chabacanería, la retórica mendaz, la desilusión, el fulanismo, los tópicos ideológicos y la subversión del cuerpo nacional. Al precio de esta honda crisis podemos comprender la dolorida mueca política e Intelectual de Ramiro de Maeztu, marcada por el Desastre del 98 y la indigencia nacional. Hoy, su patriotismo atormentado me parece más comprensible que hace veinte años, cuando escribí su biografía. Y mis inquietudes españolas están más cerca de las suyas.

En un comentario a *Defensa de la Hispanidad*, la revista *Indice*, órgano del Centro de Estudios Históricos, señaló que la inquietud de Maeztu siempre había tenido por norte el “*servicio de la España soñada*”. Los españoles o, al menos, un sector de los españoles, tenemos el derecho y el deber de “*soñar*” con otra España, distinta. La actual se ha convertido, como dice el poeta Luis Alberto de Cuenca, en “*un lugar muy triste, que ha prohibido los héroes y ha dejado pudrirse las rosas del escándalo*”, “*un lugar pobre que ha perdido su alma sin ganar nada a cambio, un lugar sin frutos, un puñado de tierra desunido y estéril*”.



¿Es actual la figura y la obra de Maeztu? Sin duda. Pero exige una reinterpretación. Resulta significativo que *La Gaceta* haya hecho suyo uno de los lemas de Maeztu: “*Ser es defenderse*”. Y, sin duda, tenemos que defendernos. No obstante, algunos de los fundamentos de su obra deben ser revisados. Hoy, la nación española no puede descansar ya, por suerte o por desgracia, en instituciones como la Monarquía, la Iglesia católica o el Ejército. El modelo de Monarquía tradicional es hoy completamente inviable. Y la actual está muy lejos de poder ser una institución nacionalizadora. La segunda se convirtió, sobre todo desde el Concilio Vaticano II, en una institución disruptiva. Católico no es ya sinónimo de español. A veces, ha sido lo contrario. Ahí están los ejemplos de Sabino Arana, Torras i Bages, Añoveros o Setién. Nunca debemos olvidar que ETA nació en los seminarios del País Vasco. Sin la impronta católica es imposible interpretar la génesis de los nacionalismos periféricos. Hoy, un sector de los católicos es fervientemente nacionalista y separatista. Como señaló Carl Schmitt, la Iglesia católica es un “*complexio oppositorum*”, se adapta a cualquier contexto y circunstancia en defensa de sus intereses. Además, hoy se encuentra bajo la batuta de un pontífice como Bergoglio, que ha criticado los fundamentos de la Hispanidad. Es hora ya de abandonar cualquier atisbo de clericalismo; y de defender un laicismo positivo, es decir, respetuoso con las creencias cristianas, nada anticlerical, pero celoso de la autonomía del Estado y de la política respecto a los intereses de la jerarquía vaticana. La Hispanidad, una de las grandes intuiciones de Maeztu, ha de tener como

fundamento principal el idioma y la cultura española, no la religión. La tercera institución, el Ejército, tras la entrada de España en la OTAN y en la Unión Europea, resulta ya inoperante como fuerza vertebradora nacional.

Dicho esto, un ejemplo a seguir y a revisar es el realismo social y político presentes en la obra de Maeztu. Como historiador, me parece, por ejemplo, que *Hacia otra España* defiende un análisis sociológico e histórico más actual que el presente en *España invertebrada*, de Ortega y Gasset, basado en argumentos históricos e incluso étnicos muy discutibles. No menos interesantes y lúcidos fueron sus intentos de fundamentación de una ética para el capitalismo, con su teoría del *sentido reverencial del dinero*, hoy tan necesaria. Importantes fueron igualmente sus planteamientos pedagógicos, no vano su madre fundó un colegio y su hermana María fue una célebre pedagoga. Su modelo clásico, basado en la historia, el latín, el griego y las matemáticas, puede ser un camino, como ha señalado el filósofo italiano Diego Fusaro para su país, un dique ante el economicismo y el globalismo. De la misma forma, su crítica al individualismo rampante, presente en su obra *La crisis del humanismo*, coincide con la perspectiva de comunitaristas como Alasdair MacIntyre, el filósofo de la virtud. Y es que la libertad no puede ejercerse en el desierto normativo, sino a partir de un horizonte axiológico significativo.

En definitiva, si, como señala el teólogo Russell Ronald Reno, nos encontramos ante el “*retorno de los dioses fuertes*”, frente a la evidente crisis de la sociedad liberal, Maeztu puede ser un buen compañero de viaje.